

Capítulo uno

EL RAYO ATRAVESADO

Con la palma de su mano, Martina apartó el vapor adherido al espejo del baño. Al principio sólo apareció más vapor, tibio y agradable, flotando como niebla. Pasó una vez más la mano y surgió su rostro, enmarcado por los rulos rojos, estirados por el agua.

Suspiró. A veces pasaba de largo frente a los espejos; otras, se detenía a mirar y ahí, de repente, inesperados, brotaban cambios: rasgos más delineados, líneas más firmes. Un rostro donde la niña que había sido ya desaparecía.

Se terminó de anudar la toalla por debajo de las axilas. La tela violeta se infló igual que una carpa de circo perpendicular. Martina tosió una risita. *¿Dónde quedó la flacucha de antes?*, pensó. Cambiaba, su cuerpo cambiaba. Parecía un laboratorio.

Bueno, basta de pavadas por hoy, se dijo y comenzó a cepillarse el pelo. Las hebras cedían sin problema. Su cabello estaba cada vez más suave.

A la distancia, escuchó el teléfono.

—¡Yo atiendo! —gritó y fue hasta el cuarto de su madre. No estaba seca del todo, pero ya se acercaba el verano. No sentía frío.

—Chocolate por la noticia —murmuró su progenitora, sentada en la cama mientras se pintaba las uñas de los pies—. Esta es una casa con telefonista profesional.

Martina arrugó la boca e ignoró el último comentario.

—Hola.

—Martina, ponete una toalla en la cabeza, me vas a mojar toda la cama —insistió su madre.

—¿Martina?

Una sonrisa afloró a su rostro al escuchar la voz del otro lado del teléfono, pero trató de controlarla, para que su madre no la acribillara a preguntas. Últimamente vivía chusmeando: qué hacía y qué no y con quién y *ufa*.

—Pará, que llevo el teléfono a mi cuarto —respondió Martina.

Su madre no llegó a dirigirle la mirada, concentrada en las uñas. *Mirá, ni se queja*, pensó Martina, repentinamente insegura de si eso debía ponerla feliz o no.

¿Y a esta qué le pasará ahora?, se preguntó Martina. *Parece que tuviera la cabeza en las nubes. O en los pies.* Que ella recordara, su

madre no era de pintarse las uñas de los pies, y menos con ese rojo bermellón. *En realidad, pensó, ahora se arregla más.*

Vio a Sócrates, tendido frente al televisor, hipnotizado por el desfile de imágenes. Eso era otra cosa. Ahora, el perro se metía en el cuarto de su madre y ella no lo echaba. Al contrario, le causaba gracia.

Suspiró y su mente, casi sin querer, viajó nueve meses atrás, cuando iba al cumpleaños de Clara, con Matías. Su plan entonces había sido simple: pasar la mayor cantidad de tiempo posible con él. Al fin y al cabo, *ella* lo había invitado a ir, esa tarde mientras se alejaban del galpón en el jardín de su casa. Sí, *ella* lo había invitado. *Claro* que quería pasar todo el tiempo con él. ¿Qué otra cosa podía querer?

* * *

Lo mejor de todo fueron las miradas de sus amigas; amigas asombradas y a su vez confirmando lo que ya pensaban, al verla llegar con Matías. Él estaba más lindo que nunca y Martina se sintió como caminando por una alfombra roja.

Entonces esa voz la llamó. Al principio no reconoció a su dueño, fue como ver algo que no sabía muy bien dónde colocar. Algo

que escapaba de las brumas del pasado. Un fantasma que no veía desde sexto, antes de cambiarse al Stevenson.

—¿Paco? —preguntó ella.

—No, James Bond. Claro, ¿quién si no? —respondió él con una sonrisa mientras la saludaba.

Tres años atrás, Paco era más bien Paquito, delgado, con ojos azules saltones y pelo negro enrulado. Esa noche, ya no era una cabeza más bajo que ella, sino unos cinco centímetros más alto. Ni flaquito. Ya no era *Paquito*. Y el «pelo enredado» de antes tenía aire de roquero con mirada azul.

¿Este es el enano que gustaba de mí en sexto?

—¡¿Y vos qué hacés acá?! —barbotó Martina.

—Soy compañero en Wanderers de un primo de Clara. Jugamos en la misma categoría. Y aproveché para venir a conocer gente del Stevenson.

—¿Eh?

—El año que viene me paso.

—¿Cómo?

—Mis padres se mudan y me ofrecieron cambiarme de colegio o quedarme en el viejo. Pero a mí me gusta cambiar y ya ves...

Martina rió un poco y luego Paco la envolvió con conversación. No paraba de

hablar; era gracioso encontrárselo así, de improviso.

Entonces se acordó de Matías, pero cuando quiso ponerse a charlar con él, la ignoró de una manera tan abierta y odiosa, que prefirió seguir con Paco quien, como por arte de magia, ya se llevaba bien con todo el mundo.

Al día siguiente, sus compañeras la estaban esperando. Todas estaban muertitas con «el nuevo»; querían saber más de él, conocer los detalles: lo normal.

—¿Y? —le preguntó Clara cuando se juntaron durante el recreo—. ¿Fue novio tuyo en el otro colegio?

Martina sonrió, feliz; pero, de golpe, descubrió que no tenía ganas de contarles nada.

—Ah, no sé. Eso es problema mío.

—Fuáh, ¿ya te apretaste al nuevo? —saltó Leticia—. ¿Primero Matías y ahora este también? ¡Pará un poquito!...

Martina resopló.

—Ya te dije que entre Matías y yo no pasa *nada*.

—Sí, sí. Claro. Y yo soy la Batichica.

—Y bueno, serás.

—No, al lado mío, la Batichica no existe, *puf* —respondió Leticia, arreglándose el pelo.

Martina se mordió el labio inferior mientras negaba con la cabeza. Era increíble. Leticia, que era más rápida que una bala, pensaba que ella, Martina, se había apretado a Matías y a Paco. Increíble.

* * *

Para marzo, Matías se había cambiado de colegio, porque el Stevenson tenía hasta cuarto año y él ahora estaba en quinto. Y Paco estaba no solo en el colegio de Martina, sino también en su propia clase. Se veía más con él y la llamaba más seguido que Matías.

Como ahora, por ejemplo, pensó Martina. Mientras caminaba rumbo a su cuarto, se preguntó por qué. Matías parecía alejado, más que de costumbre. *Llevo un rayo atravesado,* como dice *La Vela*, pensó.

Llegó a su dormitorio, cerró la puerta y se puso a charlar con Paco.

* * *

El domingo, mientras llegaba a lo de su padre, Martina calculó cuánto hacía que no charlaba a solas con Matías. Le costaba acordarse. Casi desde el cumpleaños de Clara. O por ahí. Ahora, con su cambio de liceo, se veían los domingos, en el almuerzo. Y listo.

Para colmo, muchas veces Matías ni estaba o se tenía que ir. De a ratos daba la impresión de que la eludía.

Martina suspiró mientras miraba por la ventanilla del ómnibus. Iba casi vacío, igual que las calles. Un domingo común de primavera. La sensación de... ¿cómo expresarlo? ¿Cercanía? Esa sensación de cercanía con Matías se diluía de a poco. Aunque a veces se conectaban en el *Messenger*, no había chispa, se quedaban sin tema y, por lo general, Matías se despedía poniendo alguna excusa.

Era raro pensar en cuando pasaban días y días juntos, en Novrogod. Ahora, aquello parecía una especie de sueño que le tocó vivir, una historia que se había inventado a sí misma.

De vez en cuando, esperaba hasta las doce a ver si el cubo dorado volvía a ascender, para confirmar que no se lo había inventado todo. Y el cubo subía, se separaba apenas de la mesa, expectante.

La vida era rara, pero no quedaba más remedio que vivirla.

Se bajó y caminó. De algunos plátanos ya florecían hojas. El sol refulgía en el cielo, calentando el aire sin volverlo sofocante. Montevideo olía a limpio, a césped, a jacarandá. *Un día ideal para tener novio*, pensó Martina con una sonrisita. Llegó hasta la puerta y tocó el timbre.

Abrió Nicole y arrugó la cara.

—Pasá —le dijo, dándole la espalda y yéndose.

Martina respiró hondo, entró, cerró la puerta a su espalda. Llegó hasta el estudio de su padre y lo saludó con un beso. Él leía algunos papeles. *Artículos de trabajo*, supuso Martina.

—Martina, ¿cómo estás?

—Bien. ¿Vos?

Su padre se frotó los ojos por debajo de los lentes. Después, se repasó con el pulgar y el índice el caballete. Se rascó su barba de un par de días.

—Bastante bien.

No le creyó demasiado, pero prefirió no insistir. Sería el exceso de trabajo. Desde hacía un par de meses, los domingos *también* lo encontraba trabajando: estudiando o preparando alguna ponencia.

Pero bueno, eso era lo que le gustaba a su padre y Martina no tenía intenciones de meterse. Pocas veces se ponía a *charlar* con ella y cuando lo intentaban, todo sonaba forzado.

—¿Matías está?

—Sí, en su cuarto, creo.

Para ir tenía que cruzar el living y allí se encontró con Silvia, fumando frente a la televisión. La saludó, trató de mantener el diálogo lo más breve posible, cosa que a ella pare-

ció venirle bien, y fue escaleras arriba rumbo al dormitorio de Matías.

A medida que ascendía por los escalones de madera, ya se veían los signos de Matías: pósteres de los Redondos, una camiseta de Boca junto a una de Malvín. A Matías le encantaban las camisetas de fútbol o básquet y las coleccionaba. Tenía varias, al lado de alguna bandera de Buitres o Divididos.

La puerta estaba cerrada pero desde dentro llegaba el murmullo de «Un ángel para tu soledad». A Martina, ese le parecía el mejor tema de los Redondos y le gustaba esa versión pirata que tenía Matías. Golpeó.

—¿Quién es?

—El Viejo de la Bolsa.

Bajó el volumen de la música.

—Pasá, pasá.

Martina abrió y entró. El dormitorio de Matías no era muy grande, pero tenía una terracita que miraba al jardín. Él se juntaba allí con sus amigos en verano... *conmigo también, antes*, pensó Martina.

Por las paredes reptaban dibujos de seres mitológicos hechos por Matías, más camisetas y hasta una bufanda de la Roma. Por lo demás, era un dormitorio común: una cama, una librero, un escritorio lleno de discos compactos y de materiales de estudio, donde Matías terminaba unos ejercicios

que bien podían ser de Matemática o de Física.

—Opa —dijo Martina—, ¿y eso?

—Ah —Matías se tanteó el cabello—, me lo corté hace un par de días. —Cerró su cuaderno y giró en su silla hacia ella—. ¿Me quedó muy mal?

Martina se alzó de hombros.

—No...

—Pensás que me quedó como el traste...

Una risita llenó la boca de Martina.

—No, no. Es... *raro*. Te lo dejaste recorto.

—Me hacía falta un cambio.

—¿Ah, sí?

La cama estaba destendida, Martina se sentó allí.

—Me tenía repodrido el pelo largo.

—Se nota.

Martina observó su corte y trató de acostumbrarse. Antes, más o menos siempre se enteraba de todo y primero que los demás. No es que lo supiera *todo*, Matías tenía habitualmente ese aire misterioso; pero ahora se sentía como si hubiese retornado a aquel día en la cocina, cuando se conocieron mientras ella hablaba con su padre.

Él había entrado, se habían mirado y Martina se sintió distinta al instante. Dejó de

llorar, de preocuparse, se sentó más recta. Entonces, él era un signo de interrogación. Eso cambió. En Novrogod, en realidad. Pero ahora, Novrogod estaba lejos y Matías también.

—¿Te molesta si termino este ejercicio de Química?

—No, no, dale tranquilo.

Y Matías siguió con su ejercicio, olvidándola. Martina miró el techo, los libros, la portada del último álbum de Trotsky, dibujada y coloreada por el propio Matías, variando el diseño. Martina suspiró y se aclaró la garganta. Matías subió imperceptiblemente la música. Hacía calor.

—Ya termino —dijo.

¿Tendría que irme?, se preguntó Martina. Un mes antes, se habría ido. La tenía cansada esa actitud de Matías. Pero algo, una voz interna, no una que hablase con palabras sino una especie de instinto, le decía que ahora debía quedarse. Aunque no hablaran.

Se escucharon unos golpes y luego se abrió la puerta. Nicole traía el teléfono inalámbrico y una sonrisa en la boca.

—Mati, teléfono.

—¿Cuántas veces te tengo que decir que golpees antes de entrar?

—Si yo golpeé.

—Y ahí se supone que tenés que esperar a que te diga que podés entrar, ¿no?

—Ay, bueno, no me vengas con detalles, Mati.

—¿Y qué me venís con tanto Mati, *mijita*? Me vivís puteando todo el día y ahora me venís con *Mati*.

Nicole giró los ojos hacia atrás y resopló.

—Es Andy.

—¿Qué Andy?

—Andrea —mostró su dentadura completa Nicole y le dio el teléfono a Matías—. Andy. —Se inclinó levemente hacia Martina y su sonrisa fue más amplia, como la del tiburón de *Buscando a Nemo*—. Se llaman todos los días, no sabés —informó con voz dulce—. Me parece que mi hermanito se enamoró. Y claro, es que Andy es *tan* divina.

Matías tapó el tubo.

—Qué le decís Andy si ni siquiera la conocés.

—¿Cómo que no? Si cuando llama la atiende yo. Ya con eso alcanza para conocer a la gente. Especialmente si es alguien tan *divina* como Andy.

Matías lanzó un bufido.

—Cerraré cuando salgás.

—Bueno —se alzó de hombros Nicole—. Si precisás intimidad, no hay problema...

Y sin dejar de sonreír, salió y cerró la puerta. Martina se puso de pie y se volvió hacia Matías.

—Si querés hablar a solas...

Matías suspiró, como si meditara qué hacer.

—No, no hay problema. Es solo para coordinar un grupo de estudio.

Martina se mordió el labio inferior y por un segundo odió que Matías estuviera en otro colegio, estudiando con otra gente a la que nunca le veía la cara y que *sí* le veía la cara a Matías todos los días. Decidió quedarse.

Se preguntó cómo sería esa *Andy*. Seguro tenía la edad de Matías. Se sintió una nena chiquita de nuevo y mientras escuchaba el murmullo de Matías, salió a la terracita a tomar aire. Ese rayo atravesado estaba a punto de reventar.